



**BESAME**

EL.—Es una amistad la del marqués, que ¡psch!, ni me va ni me viene.  
 ELLA.—¡Hijo, siempre te pasa igual!...

**20 cts.**

Redacción y Administración  
 Unión Ferroviaria, núm. 3 VALENCIA  
 Teléfono 11102 Telégrafos "LA GUTENBERG"

# BESAME

semanario  
 galante

Año I Núm. 6

Suscripción	trimestre...	...	2'50 ptas.
	semestre...	...	5
	año...	...	9
Extranjero,	año...	...	15

## EL ETERNO DILEMA



Estábamos en un "restaurant de nuit", no precisaré cuál porque su nombre da lo mismo. Estábamos, en uno de los pocos restaurantes de noche, donde puede pasarse una hora sin aburrirse demasiado; donde la orquesta es aceptable, las mujeres apetecibles y los clientes discretos. Un restaurant donde la consumación no es muy cara, donde el ambiente es un estímulo y donde no hay ningún bailarín profesional que se sienta exótico por mor del salario y os moleste con brinco de mona y gritos de histéricas.

Estaba en nuestra mesa un muchacho barbilampiño, rubio, pulcro, que pertenece a familia de rancio abolengo monárquico, y que siente inclinaciones literarias. Sus padres le tienen prohibido que firme con su nombre lo que publique, porque nada les humillaría tanto como un hijo escritor. Estaban otros, otras... y estaba también un escultor afamado, que tiene blancos los cabellos, vivos los ojos y afable la conversación. Bebíamos unos, comían otros, y charlábamos todos.

Una damita blondita pasó rozando nuestras sillas. Obligádonos la mirada. Iba a bailar al centro del salón, con un hombre inverosímil, grande, patoso, insípido y ridículo; uno de esos hombres que Dios manda al mundo en sus ratos de mal humor, que por cierto deben ser muy frecuentes en El. Vestía ella de seda negra, muy elegante, muy espiritual, muy tentadora al mismo tiempo. Nosotros la seguíamos con la vista, y hablábamos de ella. ¿Quién era ella? Cualquiera. Eva. Una mujer bosita y un poco separada de la vulgaridad. Teníamos suficiente con eso. Al amigo barbilampiño le pareció, además, una mujer sentimental, inteligente y de corazón. A nos-

otros nos tenía esto sin cuidado. Se lo dijimos a él, y le recitamos la estrofa de Diente, el grande, el maestro de la vida, el siempre recordado a pesar de los años transcurridos, desde su muerte, hizo una cierta vez a una cierta hembra:



—Desde que estoy en este cine de cualquiera, me cuelan una de piezas fallidas...

"Dicen que no tienes alma... Para lo que yo te quiero, maldito si te hace falta."

Nuestro amigo barbilampiño no comprende aún la amargura que ha de haber pasado un hombre que habla así: el fondo de desilusiones, de fracasos que encierra. El escultor viejo sonreía socarronamente, con ironía marendada.

El camarero llevó el recado a la damita blondita del traje de seda negro. En aquella mesa se la invi-

taba a una copa de vino de espuma. Se acercó sonriente, bebió y se sentó con movimientos felinos, entre el joven romántico y el viejo escultor. Nosotros hicimos rancho aparte. Ley mirábamos a hurtadillas y comentábamos. El uno era buena preparación para el otro... ¡no! Tal vez ella lo pensó así. Refa, refa y bebía como un marinero. El joven barbilampiño, con las mejillas como escarlata, buscaba el tormento de la roce, de una caricia. El viejo escultor, mordaz, diestro, contaba anécdotas de picardías, historias de perversión... El joven confiaba la conquista al deseo que pudiera inspirar su juventud; el viejo procuraba la excitación cerebral que podía ser más violenta y más turbadora...

Saltamos de allí ya de madrugada. La damita blondita quedó en el restaurant. Un poco extrañados nosotros, preguntamos a los dos galanes, y nos dijeron entonces:

—Yo...—el amigo barbilampiño—no he querido pecar de atrevido. Pero volveremos, y si ella bebe como hoy, y se pone como hoy... entonces...

—Yo—el viejo escultor—no puedo ser atrevido ya. La fogosidad de este perjudicaba mi plan. Tal vez si volvemos... Pero es difícil, porque ciertas mujeres no se abandonan todos los días a sus impulsos. Esta noche era la ocasión, y no la hemos aprovechado.

—Si yo hubiera sabido...—decía el uno.

—Si yo hubiera podido...—decía el otro.

Y este, nada más que este, es el eterno dilema; el cual, querido lector, no sé si te hará reflexionar lo suficiente para que puedas servirte de ejemplaridad.

FELANO DE TAL

